

UN PUENTE AL OTRO LADO

A veces paseamos sin prisa por calles secundarias, con los pulgares metidos en los bolsillos laterales o cruzando ambos brazos por detrás de la espalda, observando fachadas de edificios y envidiando las terrazas de los áticos donde una pareja bronceada, imaginamos, se tenderá en una hamaca después de desayunar. Sin rumbo fijo, seguimos caminando al olor de una panadería con ensaimadas recién salidas del horno, enarcamos las cejas levemente para saludar a un señor cuyo rostro nos resulta vagamente familiar, de qué nos suena, y quizá sea el antiguo propietario de la tienda de fotografía donde ya no revelamos los recuerdos de las vacaciones, o un comercial persistente que no logró suscribirnos a su ONG para los refugiados en África. ¡En África! Por un momento nos preguntamos qué sabemos nosotros de los africanos e imaginamos un poblado aborigen, con sus bailes tribales y sus hombres con lanzas y mujeres de labios deformados y anillos en los pezones y un presentador de documentales en la sobremesa. Después cruzamos de acera, seguimos sin un destino, pero cambiamos de lado porque un camión de mudanzas se ha subido al bordillo y entorpece nuestro paso. Es inevitable, entonces, recordar el colchón que hace seis años transportamos en la furgoneta de nuestro cuñado, las primeras noches sin somier

ni canapé en el dormitorio desnudo, el sofá de tapizado rojo que se comió la mitad del salón y de pronto no sabíamos si nos gustaba tanto, un río de hormigas descubierto en la cocina, qué sé yo, nunca es sencillo precisar el origen concreto de la inspiración.

Como es domingo, no nos importa detenernos a charlar con el kiosquero que nos vende el periódico y que, mientras atiende a un vecino, le regala una chuche al hijo que aún es pequeño:

—¿Cómo se dice?

—*Gaasia*.

—Gra-cias, ¡muy bien!

Luego nos señala una noticia sobre una mujer que alquiló un disfraz de corsario y atracó una joyería con su parche en el ojo y su trabuco de pega y acabó en un hospital psiquiátrico derrotando día y noche al temible pirata Drake.

—Ahí tienes un relato.

Porque el kiosquero, nos confiesa en confianza, también ha hecho sus pinitos literarios; una vez empezó una novela y por todas partes hay amigos o compañeros de trabajo dispuestos a señalarnos una idea estupenda para uno de nuestros relatos.

—Ya veremos —decimos—. Esta tarde vienen mis padres.

Y es que no hace ni seis meses que nos llevamos aquel susto con papá, dijo que sintió un dolor y que al principio no le dio importancia, pero luego le costaba respirar y en urgencias le echaron la bronca por esperar cuando había sufrido un infarto.

—Los del taller de escritura vamos a presentar un libro y quiero dedicarles mi relato a ellos.

Así que de pronto nos entran unas prisas tremendas por llegar a casa y ponernos de una vez por todas a escribir. Pensamos en un hombre de Namibia con un medallón en un colgante y en el medallón una foto y en la foto una boca de labios deformados. Está cruzando un puente y se encuentra con unos asaltadores... Una birria. En realidad, quizá sea mejor la historia de un somalí que fotografía el espíritu de sus ancestros y hace de puente entre vivos y muertos... Llevamos media página y volvemos a borrarlo todo. No nos sale. Nada nos convence ni nos parece suficientemente bueno, pero tal vez el puente —porque la palabra *puente* se nos ha metido entre ceja y ceja y vamos a usarla así nos maten a palos—, quizá nuestro verdadero puente sea el bai-pás coronario que le practican a una mujer enjoyada recluida en un psiquiátrico donde sirven ensaimadas por el desayuno. Aún no sabemos qué hace allí, si vivía en un ático con hamacas o sufría fobia a las hormigas, que, después de aparecer en su cocina, habían ido arrinconándola hasta la terraza. ¿Por qué no? Todavía falta organizar el desarrollo, saber por qué su marido dejó su trabajo de comercial y se ofreció como dependiente en una santería africana. Seguimos necesitando un final en el que todo encaje, pero ya estamos más cerca de un primer borrador. Quizá, si por la tarde nuestro padre nos asegura que está como un toro o un roble, terminaremos de encontrar la pieza que aún nos falte.

—¿Cómo vais?, ¿habéis hecho algo especial desde que hablamos el miércoles? —preguntamos cuando ya les hemos colgado sus abrigos en el perchero.

Y sabemos que, a la hora de la verdad, no vamos a atrevernos a demostrar lo que sentimos. Nos gustaría prometernos que estas vacaciones los veremos más a menudo, que les daremos más abrazos y los invitaremos a comer en restaurantes después de una película en el cine. Pero la conversación se escora hacia nosotros. Nuestros padres se quitan importancia y terminamos hablando de un relato para una antología que vamos a presentar en Tres Cantos. Y aunque finalmente ni siquiera nos decidimos a escribirles la dedicatoria y pasamos como hijos descastados, en el fondo confiamos en haber encontrado nuestra auténtica motivación para escribir, comprendemos la naturaleza de los puentes, su afán por comunicarnos.

David Gallego
Tres Cantos, junio de 2010

PÚAS

David Álvarez Díaz

No se lo confesé a nadie, no quería preocuparles durante mi estancia en el hospital. A Manolo estuve a punto, pero pensé que me diría lo de siempre, que se lo contase al médico, que podría ser importante. ¡Buf!, eso ni en broma. Me habrían fastidiado con más y más pruebas, seguro. Y ya estaba harta, primero el aborto y luego el dichoso tumor. Además, solo ocurría después de ponerme la morfina. Era entonces cuando aparecía, un erizo, no muy grande, con unas púas como lanzas y casi siempre encima de mi cama. Me asusté, pero no por verlo, sino porque la morfina no produce alucinaciones y la otra opción era que el tumor se hubiese extendido. Llegue a pensar que era algún fenómeno sobrenatural, cosas de meigas, como decía mi abuela. No sé, no creo mucho en esas cosas. Pero desde luego era algo muy extraño, porque no me daba asco ni miedo, a mí, que no podía tener ni peces.

Y ahora hay que verme, casi un año después de salir, más fresca que una lechuga e inventando una nueva receta para la cena, como siempre. Aunque ahora me tomo las cosas con mucha más tranquilidad. Aún no me he quitado los guantes de malla, los que me permiten acariciar a Serafín, nuestro erizo. Sí, tenemos uno, pero esta vez de verdad.

Al salir del hospital le dije a Manolo que me llevara a una tienda de mascotas, de esas con animales exóticos. Se enfadó un poco porque pensó que le tomaba el pelo. Lo entiendo, lo más comprensible es que le hubiese pedido ir a casa corriendo para escapar del olor a medicamentos y lejía. Se lo tiene bien merecido, por prometerme la Luna de boquilla. Al poco de empezar el tratamiento me juró que daríamos la vuelta al mundo y en este tiempo apenas hemos salido de la urbanización.

En la tienda pedí un erizo y a Manolo se le escapó un “pero si tu no...”. Con aire paternalista y mirándome estupefacto, debió darse cuenta de que hablaba en serio, porque se interesó por una de las jaulas del expositor. Yo le dejé claro que de eso nada, que lo quería en libertad, campando por casa. Y así vamos, con Serafín dejándolo todo hecho un desastre casi no damos abasto para apañar la casa. Pero me da igual. Para limpiar no estoy, ni quiero estar.

Para lo que sí estoy es para quedarme embarazada. Lo estamos intentando otra vez. Él no quiere que me precipite pero por mi vida que le hago padre. ¡Ay, qué ilusión! Ahora vuelve a buscarme por los rincones y me encanta. Me encanta que me vea atractiva de nuevo. En el hospital era otra cosa. Debía estar horrible. Sin pelo, con más ojeras que siete viejas y huesos en vez de curvas. No quise mirarme en el espejo en todo el tiempo que estuve allí. Manolo lo disimulaba y me decía “guapa, más que guapa”. Pero lo hacía a su manera, apretándome la mano con desmesura y rebuscando el lado bueno de las cosas. Como cuando me echaron del trabajo por estar embarazada. Según Manolo, era mejor así, que

estaban desaprovechando mi talento en esa empresa, decía. Luego cuando aborté, lo mismo, teníamos que dar gracias porque en la clínica me descubrieron el tumor a tiempo. Siempre sabe cómo excusar la mala suerte, o a Dios, o a quien puñetas decida las cosas importantes de la vida. Lo hace para no herirme, lo entiendo, aunque me mienta. Pero de mirarme en el espejo... de eso no quería ni oír hablar.

El caso es que ahora que estoy bien nos faltan huecos en las paredes, por todos lados puedo verme reflejada. Manolo refunfuña, sobre todo los fines de semana que es cuando regresa del letargo mental que le provoca su trabajo. Dice que tenemos la casa como un laberinto de espejos, que no se acostumbra. Por las mañanas se pega unos sustos de muerte al bajar la escalera, porque siempre le parece ver a alguien andando por el piso de abajo. Por lo menos ya no se queja de Serafín, porque le interesa, claro. Desde que le dejamos suelto por el huerto han desaparecido los topillos y por fin da unas cosechas como las de su abuela, o eso dice Manolo. También le usa como arma espanta suegra, cuando mi madre se digna a visitarnos. Oye, es automático, al instante de sacar a Serafín para pasear por la alfombra del salón, mi madre apura la visita con cualquier excusa.

Es increíble cómo ha cambiado la actitud de Manolo hacia Serafín. Incluso le defiende cuando me pilla haciéndole alguna trastada. Bueno, no es que le maltrate, ni nada de eso. Pero no puedo evitarlo, me encanta ver cómo sale por sí mismo de situaciones comprometidas, por ejemplo, cuando le pongo boca arriba y le lleva un buen rato incorporarse. O cuando le rodeo con cachivaches y cajas de cartón a ver si encuentra la salida.

Lo que en realidad me fascina es observar su comportamiento tras zafarse de las trampas que le pongo. Se le ve con un aire de orgullo desmedido, pero sin mostrar resentimiento, casi dándome las gracias por haberle puesto a prueba. Supongo que tener la retaguardia forrada de púas da la necesaria tranquilidad para comportarse de esta manera. Después de vencerme se queda siempre expectante para recibir su premio favorito. Le agarro por las púas, con el guante puesto, claro, y le acaricio el pelaje, por debajo de su hocico, recorriéndolo hasta alcanzar las patitas. Eso le chifla.

Últimamente lo he pensado y creo que es justo en esos momentos en los que Serafín me recuerda al erizo de mi alucinación. Aquel erizo siempre se mostraba con una seguridad férrea, como si nada pudiera pararle. Y yo quería ser como él, me exigía a mí misma un comportamiento similar. Supongo que era por la morfina, pero el caso es que me relajaba verlo así de confiado. Y con Serafín lo mismo. Es acabar de darle su premio y al soltarle sus púas, las agita levemente y, sin dilación, continúa su ardua tarea de reconocimiento de la casa o retoma la persecución de los topillos. Ahora que caigo, nunca intenté tocar al erizo del hospital. ¿Pero qué digo? Era solo una alucinación provocada por la morfina, un efecto secundario, un poco singular, lo reconozco, pero una visión como otra cualquiera. Y punto. Bueno, como otra cualquiera no, tengo que reconocer que un poco rollo sí resultaba. Otros pacientes veían cosas fantásticas y contaban historias que siguen siendo la comidilla de la quinta planta de oncología. Mejor hubiese sido alucinar con dragones, ¿pero un erizo?

Suena el teléfono de lejos, lo dejé en la banqueta del jardín. Me quito los guantes con rapidez, pero Manolo echa una carrerita con desgana y lo coge antes de que cuelguen. Así que me quedo mirándole desde la cocina, mientras Serafín en la encimera empuja uno de los guantes con el hocico, porque quiere que siga acariciándole. Pero no puedo, creo que algo va mal, observo los labios de Manolo y no me gusta como se mueven. ¡Ay, Dios! ¿Y si es el oncólogo? Todavía faltan los resultados de la última prueba. Malo, malo, Manolo cuelga y resopla. Se dirige a casa. Mierda, no lo podré aguantar, otra vez no. Serafín ha puesto demasiado empeño peleando con el guante y se ha quedado cabeza arriba. Y yo igual, paralizada, temiendo que Manolo me apriete la mano y me consuele, como siempre. Si lo hace, se lo confesaré, le contaré mi alucinación y me echará una bronca por no decírselo al médico, seguro.

Manolo se acerca pesadamente, sin dirigirme la mirada ni un solo instante. No me coge la mano. En vez de hacerlo, se coloca uno de los guantes y devuelve a su posición natural a Serafín, que sin dudarlo contraataca el otro guante. Por fin se atreve a mirarme directamente. Quiero explotar en una pregunta, pero solo me sale alzar los hombros. Entonces Manolo se desmorona en un abrazo, sollozando sobre mí. El nunca llora. No consigue hablar, pero lo sé, son buenas noticias. Y esta vez son de verdad.



Santiago Martín